

CRÓNICA SOBRE UNA GUERRILLA

Gilles Bataillon.

México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2015, 357 p.

Mateo Cayetano Jarquín Chamorro*

¿Cómo entender las guerras civiles del siglo xx en el tercer mundo? En esta traducción al español de la obra del antropólogo francés Gilles Bataillon, se analiza la historia de la rebelión miskita contra la revolución sandinista en Nicaragua y la investigación académica de la misma. En ambos sentidos el libro es un recurso imprescindible. Para aquellos lectores interesados en la historia de los movimientos revolucionarios, las subsiguientes guerras civiles y las eventuales transiciones democráticas, que marcaron las últimas décadas del siglo en Centroamérica, este libro es valioso porque demuestra la importancia central de los miskitos como actores en el caso nicaragüense a pesar de que la literatura académica de la época suele borrar o al menos disminuir las diferentes contribuciones de los grupos indígenas. Pero como insinúa la pregunta con la que abre esta reseña, a diferencia de obras anteriores, Bataillon indaga en algo más profundo —el texto no es tanto una etnografía de la “contra miskita” como una reflexión sobre la experiencia del mismo investigador inmerso en el mundo de sus actores. Al explorar la tensión que existe entre los hallazgos de su trabajo de campo y la memoria y legado social de la guerra, *Crónica sobre una guerrilla* ofrece lecciones aplicables para el estudio sumamente complicado de otros movimientos guerrilleros en América Latina y también deja pistas de cómo trazar las consecuencias de estos conflictos en el presente.



* Departamento de Historia de la Universidad de Harvard.

A lo largo de su lucha contra la dictadura somocista y durante la implementación de su agenda revolucionaria, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) prometió la liberación nacional en un país que carecía de un aparato estatal con alcance en todo el territorio y de una identidad nicaragüense que incluyera a todos sus habitantes. La costa caribeña nunca fue colonizada por los españoles, pues los diferentes grupos indígenas y afro-indígenas retuvieron alguna autonomía sobre sus tierras ancestrales al incorporarse de manera informal al imperio británico. Hoy en día, aunque la región fue anexada a Nicaragua a finales del siglo XIX, los topónimos ingleses de la costa atlántica —Bluefields, Greytown, Monkey Point, entre otros— reflejan un pasado angloamericano y protestante que forma una barrera cultural entre sus habitantes y los hispanohablantes, autoidentificados como mestizos, que viven en la zona del pacífico y quienes representan la inmensa mayoría de la población nacional. Por falta de recursos naturales esenciales para una economía liberal-exportadora centrada en el café y el algodón, la costa caribe fue ignorada por diversos gobiernos en Managua durante el siglo XX, lo cual relegó a los costeños a los márgenes de la política nacional y a su vez les brindó una especie de autonomía informal. Por lo tanto, la insurrección de finales de los años setenta no gozó con el apoyo masivo de los negros y grupos indígenas, y los sandinistas tampoco le prestaron mucha atención a los intereses y derechos de las minorías étnicas en su programa político.¹

Aunque el FSLN pretendió integrar a un joven líder miskito a la maquinaria formal del gobierno, ésta misma estrategia —e incluso las reformas revolucionarias como la campaña de alfabetización y la introducción de médicos cubanos— provocó descontento en la costa atlántica desde los primeros meses de la revolución. En 1981 los primeros grupos miskitos se movilizaron contra el gobierno, sobre todo montando ofensivas desde la frontera norte con Honduras, y para comienzos de 1983 gran parte de estos armados se habían integrado al Frente Democrático Nicaragüense (FDN), una de las entidades más grandes de la llamada Contra y la más ligada a la CIA y a la administración del presidente norteamericano Ronald Reagan. Más que nada, la saga de los miskitos expuso la revolución sandinista a una ofensiva propagandística costosa y persistente a lo largo de los ochenta en la cual el gobierno nicaragüense fue dibujado en ciertos círculos, a pesar de la simpatía que había ganado en el mundo izquierdista y socialdemócrata, como una versión latinoamericana del nazismo alemán, algo más “totalitario” que los regímenes militares, por ejemplo, de Guatemala y El Salvador.² Combinados, los esfuerzos militares de los diferentes grupos indígenas y la persistente presión internacional llevaron a la implementación de una agenda indigenista en la revolución sandinista,

ya que en 1986 aprobaron una enmienda constitucional en la cual se reconoció el pluralismo étnico de la república y se le otorgó el status de región autónoma a las dos provincias caribeñas.

Esa cronología recalca, a pesar de su ausencia en los textos generales sobre la guerra en Nicaragua, la gran relevancia de las divisiones etno-raciales para el desenlace del proceso revolucionario y la eventual democratización. ¿Bajo cuáles condiciones decidieron huir miles de miskitos hacia la frontera hondureña y bajo qué circunstancias se transformaron algunos en un brazo de la contra? ¿Y al hacerlo, eran no más que peones del imperialismo norteamericano? Fueron esas las preguntas que incitaron a Bataillon a tomar su primer viaje en 1982 al campamento de alzados y refugiados miskitos en el municipio hondureño de Mokorón, seguido por diferentes viajes con guerrilleros indígenas en Nicaragua a mediados de la década. Las mismas preguntas, a las cuales ahora se suman interrogantes sobre la herencia y legado de estos conflictos, motivaron su segunda investigación (1997-2007) en la cual volvió a América Central para entrevistar a decenas de ex combatientes y otras personas involucradas en la rebelión indígena de los ochenta. A lo largo de seis capítulos, Bataillon narra en orden semicronológico su trabajo en ambas fases de su agenda de investigación, sirviendo como una introducción a su obra, pero dejando espacio de sobra para sus reflexiones sobre ésta misma.

En cuanto a la historia de Nicaragua y de Centroamérica, la gran contribución de este texto es que rescata la relevancia de la Moskitia como un sitio donde se resolvieron las preguntas fundamentales del fin del siglo xx. En la cultura política nicaragüense los miskitos brillan por su ausencia —como señala Bataillon, no aparecen ni en los escritos del conservador Pablo Antonio Cuadra ni en los himnos guerrilleros y canciones populares de los hermanos Mejía Godoy. En el mundo académico, ya que el conflicto en Nicaragua se suele interpretar como uno que se peleó entre el gobierno sandinista y el imperialismo estadounidense también se menosprecian, sólo se mencionan en cuanto al uso que recibieron como herramientas de la propaganda norteamericana. Por esa misma razón, Bataillon comenzó su investigación preguntándose si la rebelión indígena no había sido “manipulada” desde el inicio por la CIA, conclusión que rechaza. No obstante, tampoco ve al levantamiento de los indígenas como una reacción mecánica al triunfo de la revolución popular sandinista o a las reformas del gobierno cuasisocialista. Su trabajo de campo meticuloso en los años ochenta le permitió descubrir las razones complicadas y diversas por las cuales jóvenes miskitos decidieron ir a la guerra, y por lo tanto recupera el aspecto “aleatorio” de las relaciones FSLN-indígenas y el elemento de voluntad de acción de estos grupos. Ni un énfasis sobre la interven-

ción norteamericana, ni una tesis grandilocuente sobre los orígenes anteriores al siglo xx del descontento en la costa atlántica pueden explicar este fenómeno con gran precisión. En el libro se detalla, por ejemplo, el caso de la llamada Navidad Roja de diciembre de 1981, en el cual el ejército sandinista desalojó a varias comunidades miskitas de la ribera del río Coco hacia un asentamiento en el interior del país, asesinando a decenas de personas en un episodio traumático que marcó el verdadero inicio de la guerra civil en la moskitia Bataillon (2009). Ese capítulo oscuro en la historia nicaragüense se ha prestado a diferentes argumentos sobre las intenciones del proyecto sandinista o la legitimidad de la contrarrevolución, pero casi nunca se han consultado los mismos combatientes. En los testimonios recogidos por Bataillon se descubre que las movilizaciones indígenas que provocaron el operativo militar de la Navidad Roja no se explican por “los esquemas represión-radicalización” o “las tesis esencialistas que insisten en la importancia central de los complotos y de las ayudas extranjeras” (p. 308). El autor demuestra que en ese drama no sólo pesaron las contradicciones ideológicas y las diferencias políticas entre los sandinistas de la zona y sus contrapartes miskitos; también influyeron de una manera totalmente impredecible los arreglos de cuentas personales, a veces el oportunismo de los neutrales, y también el bandidaje puro y simple.

¿Por qué es tan complicado identificar las raíces y los procesos de la insurrección armada?

Aquí se encuentra la lección principal que ofrece el metaanálisis de Bataillon: al volver al campo en los años noventa, se enfrentó con las dificultades que acompañan a la metodología de la historia oral. Al entrevistar esta vez no sólo a los combatientes si no también a sus parientes y amigos cercanos, encontró una verdadera pluralidad de versiones sobre lo sucedido durante la guerra. En el proceso, llegó a la conclusión de que las entrevistas que realizó en los años ochenta no bastaron para hacerle justicia a la complejidad del conflicto, y asevera que durante la guerra “la libre reflexión del locutor estaba impedida como consecuencia de que los combatientes eran parte de un cuerpo: la guerrilla” (p. 14). Este tipo de problema no es único para el trabajo de Bataillon. La lección es de aplicación clara a todo investigador que busca narrar y explicar la historia de un movimiento, que como tantos en América Latina en el siglo xx carece de archivos formales. En el caso nicaragüense, donde las acciones de la guerrilla sandinista y su contraparte derechista se comienzan a convertir en “historia” —el 50 por ciento de la población actual nació después de la transición democrática— esta investigación sirve como una plataforma para los estudios de la guerra civil más allá del escenario de operaciones costero. Naturalmente, ya que el pasado y el presente se anudan

de manera semejante en todos los países de la región, el texto es de interés general en el campo de estudios latinoamericanos.

Bibliografía

- Bataillon, Gilles, 2009, “Astros et Cruces: Pratiques et Imaginaries des Premiers Guerrilleros Miskitos,” *L'expérience des situations-limites*, Paris, Karthala, 2009, pp. 29-44.
- Dozier, Craig, *Nicaragua's Mosquito Shore: the years of British and American presence*, Alabama, University of Alabama Press, 1985.
- Hale, Charles, *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987*, California, Stanford University Press, 1994.
- Kirkpatrick, Jeane, 1982, “U.N. Envoy Says Nicaragua's 'Assault' on Miskitos is Massive Rights Violation,” *Washington Post*, 2 de marzo.
- Central Intelligence Agency, 2016, “Nicaragua,” en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/nu.html>, consulta el 6 de mayo.

Notas

- ¹ Una etnografía clásica de la moskitia es la de Charles Hale (1994). Para un texto que resume los años del imperialismo británico en la costa atlántica véase Craig Dozier, 1985.
- ² Justo después de los eventos de la llamada *Navidad Roja*, la embajadora estadounidense ante las Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, hizo la comparación y aseveró que el gobierno sandinista “ocupaba el primer lugar en cuanto a violadores de derechos humanos en Centroamérica” (1982).

